

25 a.C.

 La voz de los cuernos retumbó por los valles, voló por encima de los montes, atravesó los desfiladeros, vadeó los ríos y llegó a todos los confines de la tierra de los astures. Su mensaje era claro para todo aquel que conociera su significado: el enemigo se había puesto de nuevo en marcha.

Los vigías subieron a las cimas de las montañas, escalaron las paredes rocosas de las cumbres y otearon en la dirección señalada. Pasaron muchas jornadas en las que el sol apareció por el este y volvió a ocultarse por el oeste, en las que la espera vigilante sustituyó al sueño; se abandonó el laboreo de las tierras; los rebaños fueron dirigidos hacia las zonas más altas y los habitantes aislados se agruparon en los poblados para sentirse más protegidos dentro de las murallas de piedra situadas sobre los acantilados o en lugares difícilmente accesibles para quienes desconocieran el terreno. La espera fue tensa. Se limpiaron las armas y se fabricaron nuevas a toda velocidad, reparando más en la solidez de las hojas y empuñaduras de hierro que en su belleza; se dispusieron trampas iguales a las usadas para la caza del oso, profundos agujeros en los cuales se clavaron estacas afiladas, recubriéndolos con ramas para ocultarlos de las miradas no expertas; se limpiaron las plataformas instaladas en los árboles y se llevó a ellas gran número de lanzas y dardos. Hombres y mujeres en edad de combatir dejaron de lado sus labores habituales y se ejercitaron durante horas con el objetivo de recuperar la destreza algo olvidada durante los últimos tiempos en los que la tierra que pisaban no había sido testigo de enfrentamientos bélicos.

Cada cual conocía su cometido, no hacía falta que nadie dirigiese la actividad febril que se adueñó de los astures durante la larga espera. Los herreros se turnaron día y noche para fabricar miles de puntas de lanzas y venablos, escudos y espadas; se recogieron bellotas de las encinas y avellanas para elaborar tortas con la harina obtenida; se sacrificaron animales y atraparon pescados para

salar y secar al aire con el objetivo de no carecer de alimento si la guerra duraba más de lo previsto; se llenaron grandes tinajas de barro con agua de los manantiales y se enterraron a medio cuerpo en el suelo terroso para mantener su pureza durante más tiempo; se apilaron troncos para hacer leña y se guardaron en las cavidades de los montes y las profundidades de los bosques los objetos sagrados y los adornos de oro, plata y bronce que todos sabían sería lo primero que los atacantes buscarían.

Cuando al anochecer volvían a reunirse en torno a las hogueras, olvidaban durante unas horas la razón de su actividad. Se escuchaba el sonido de pitos y de panderos, los Hombres Sabios relataban la historia de los dioses, los cantores recordaban epopeyas de tiempos antiguos, hombres, mujeres y niños bailaban hasta caer rendidos mientras las parejas desaparecían en la acogedora oscuridad de los alrededores.

 Luam, jefe de los cilúrnigos de Noega, tribu luggona asentada a orillas del mar, sabía que aquél no sería un combate como otros. No sería uno más de los que escalonaban la historia de su pueblo y que desde antes de nacer él ya se hallaban grabados en el tronco del enorme tejo que extendía sus ramas protectoras sobre el poblado. Las marcas señalaban claramente las victorias y las derrotas, más las primeras que las segundas, se dijo con orgullo. Pero siempre habían sido luchas entre iguales y no era eso lo anunciado por los cuernos y los numerosos refugiados de las tribus astures del sur que habían podido escapar buscando amparo en las montañas altas.

La voz que traía el aire hablaba de miles de hombres, tantos que era imposible contarlos, llegados desde los confines de la Tierra, pertrechados con invencibles armas y armaduras, potentes caballerías y gigantes máquinas de guerra. Soldados que ya habían vencido a béticos, lusitanos, vacceos, galaicos y arévacos, todos ellos valientes guerreros de tribus indómitas que habían sucumbido ante la fuerza de los conquistadores. Soldados que también estaban dispuestos a someter hasta el último de los hijos de Asturia.

El padre de su padre ya hablaba de ellos y también lo habían hecho otros antes que él. Los invasores habían llegado por mar y tierra imponiendo su dominio. Los viajeros se referían a ellos con admiración, decían que eran invencibles; que procedían de un lugar

regado por las aguas del mar y el fuego de las montañas, que sus guerreros habían conquistado el mundo entero, que eran capaces de cambiar el rumbo de los ríos, que sus vías empedradas atravesaban los montes más altos y los valles más alejados, que sus máquinas de guerra eran artefactos poderosos capaces de destruir las murallas más sólidas.

Los pueblos de las costas occidentales, los galaicos, se habían enfrentado a ellos y habían perdido gran parte de sus tierras. Las tribus a ambos lados de los montes nevados que se extendían por el este, allí donde acababa el mar, luchaban con mayor o menor fortuna. Sus propias tribus hermanas del sur iban cayendo una a una. Los ancianos de Noega aseguraban que nunca llegarían hasta ellos, que los dioses los protegerían como ya antes lo habían hecho en incontables ocasiones, que las aguas cubrirían las cumbres de las montañas antes de ver las armas romanas, pero él no estaba muy de acuerdo con sus palabras.

Contemplaba desde el otero situado frente al poblado la actividad de sus habitantes moviéndose de un lado para otro como en un hormiguero en plena tarea. La vida no era fácil en aquellas latitudes, las tierras de labranza eran escasas y también su producción: lino, mijo, escanda, cebada, habas, verduras y poco más, cultivos que dependían de los caprichos de la madre Naturaleza. También dedicaban tiempo a la recolección de nueces, avellanas y, especialmente, bellotas de la encina dejándolas secar y machacándolas para hacer harina y con ésta, pan. Pero no podían quejarse, se dijo convencido. En sus bosques abundaba la caza y la pesca en sus ríos. Desvió la mirada para contemplar el mar inmenso que se extendía delante de sus ojos. Les surtía de mariscos y peces, pero era un oficio peligroso porque uno nunca podía estar seguro sumergiéndose entre las rocas o balanceándose dentro de los botes de piel a merced de las aguas profundas.

Su mirada se dirigió nuevamente al poblado. Confiaba en su gente, no lo defraudarían, de eso estaba seguro, pero temía su reacción en cuanto avistasen las terribles tropas enemigas anunciadas por los cuernos y que poco se parecían a los vecinos con quienes se enfrentaban de vez en cuando.

—Los presagios no son buenos.

Luam tuvo un sobresalto al escuchar la voz grave de Madeg, el Hombre Sabio, a sus espaldas. Apretó los dientes y se giró.

—¿Qué dicen?

El Hombre Sabio contempló el cielo durante un rato antes de responder. El viento arreciaba sin tregua; las nubes transcurrían veloces en todas las direcciones, chocando entre ellas y comenzando su viaje; las gaviotas del acantilado chillaban nerviosas llenando el aire con sus gritos y girando por encima de las cabezas de los dos hombres como si hubiesen perdido el rumbo. No había paz en el cielo como tampoco la había en la tierra.

—Los presagios no son buenos —repitió—. El aire trae olor a sangre, el caudal de los ríos ha descendido y la última luna estaba teñida de rojo. La diosa no está contenta.

—¿En qué la hemos ofendido?

—¿Quién sabe? El humor de los dioses es frágil. Es como el clima de estas tierras, tan pronto luce el sol como cae la lluvia...

—Haremos sacrificios para contentarla.

—Puede que de algo valga —dijo Madeg con aire dubitativo—. Aunque mucho me temo que los tiempos están cambiando y que veremos mayores cambios en un futuro no muy lejano.

—Los cuernos...

—Anuncian la catástrofe —le interrumpió el anciano—. Llevo oyéndolos desde el primer día en que su voz rompió la quietud de nuestros valles y montes. Han pasado muchos inviernos desde entonces y nuestras tribus hermanas van cayendo una a una.

—¿Crees que es verdad? ¿Crees que esta vez son miles?

—Si lo dicen, así será.

—¿Y qué podemos hacer? —insistió el jefe, esperando una respuesta que iluminase sus oscuros pensamientos.

—Lo que siempre hemos hecho —respondió el Hombre Sabio en el mismo tono dubitativo—, lo que ya antes hicieron nuestros padres y también los suyos. Luchar.

Permanecieron un rato en silencio. Luam contempló las elevaciones de la Sierra de los Vientos y su pensamiento se detuvo en las altas cumbres que, más allá, como un enorme muro de defensa, separaban sus tierras de las hordas conquistadoras.

—Primero deberán cruzar las montañas...

—Escuchas mal la voz de los cuernos —replicó Madeg—. Las atravesarán, como ya han atravesado montañas aún más altas, y arrasarán todo lo que hallen en su camino. No quedará ninguna tribu. Nuestras gentes serán aniquiladas o, lo que es peor, perderán su libertad.

El guerrero miró al hombre sagrado con el alma sobrecogida por la firmeza en el tono de su voz.

—Así pues, es el fin.

—¿Qué es el fin?

—Todos moriremos.

—La muerte no existe, Luam —respondió Madeg con una sonrisa benévola—. Pronto has olvidado lo que te enseñé cuando no levantabas una vara del suelo y te elegí como futuro jefe de nuestro pueblo. Los cuerpos se transforman, cambian, pero no mueren.

—Morirá nuestra forma de vida —insistió el jefe.

—Se transformará —insistió el Hombre Sabio a su vez—. Los seres no desaparecen, únicamente se transforman. Si debemos desaparecer bajo nuestra apariencia actual, tomaremos otra y continuaremos viviendo. Hablaremos otras lenguas, mezclaremos nuestra sangre con otras e incluso, tal vez, adoremos a otros dioses, pero seguiremos vivos. Mientras uno solo de nosotros permanezca, también permanecerá la herencia de nuestros antepasados.

—Entonces..., ¿por qué luchar?

—Porque así nos será permitida la entrada a Letavia, la morada divina. Ningún cobarde, ningún traidor a su pueblo podrá encontrarla jamás y vagará sin destino para siempre por esta tierra. Defenderemos nuestra libertad porque es nuestro don más precioso y posiblemente la perderemos, pero aun así honraremos a nuestros dioses y habremos hecho todo lo posible por preservar la memoria de los que nos precedieron y su legado.

Permanecieron de nuevo en silencio, cada uno de ellos inmerso en sus propias cavilaciones. El jefe, joven y musculoso, vestido con una sencilla túnica corta de lana, luciendo al cuello la torques de oro en cuyos extremos dos cabezas de serpiente con las fauces abiertas parecían dispuestas a tragarse la una a la otra. Y el Hombre Sabio, anciano y frágil, de largos cabellos y barba blancos, cuya única señal de su dignidad era la túnica de lino sin costuras que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los pies y el báculo hecho con madera de avellano y repleto de extraños signos heredado de sus antecesores.

Luam no acababa de ver muy claro aquello de la transformación. No entendía cómo podrían seguir libres si luchaban y morían en el intento, aunque nunca se atrevería a decirlo en voz alta por temor a ser escuchado por los dioses del bosque y las diosas del agua y condenado a vagar sin destino, tal y como Madeg acababa

de decir. Para él lo más importante era el momento actual, la amenaza que llegaba, la seguridad de su pueblo. ¿Cómo hacer frente a un ataque de los invasores cuyas formas de lucha desconocían? Tal vez era el momento de dejar viejos rencores, hablar con los jefes de las tribus vecinas y llegar a un acuerdo con ellos para enfrentarse al enemigo común. Porque, de eso estaba seguro, el enemigo anunciado por los cuernos no iría únicamente contra los luggones del Norte, sino que también atacaría a las tribus hermanas de los péscicos, amacos, lancios, tíburos y bedunienses, al igual que ya había atacado y derrotado a los luggones del sur, gigurros, superatos, orniacos y brigecios. Era hora pues de convocar una asamblea. Se detuvo un momento pensando en el jefe de los orgenomescos, sus vecinos por el este, al otro lado del río Salia, que ya en varias ocasiones había faltado a su palabra y entablado acuerdos con tribus enemigas en contra de los hijos de Asturia. Ciertamente que los orgenomescos no eran luggones, sin embargo, se dijo respondiendo a su propio razonamiento, el peligro era demasiado grande como para dejar de lado a una de las tribus más numerosas y belicosas del norte, igualmente amenazada por los invasores. Pediría a Corocotta que acudiese a la asamblea, pero no lo perdería de vista y, a la menor vacilación, no dudaría en apartarlo o incluso matarlo si fuera necesario.

El Hombre Sabio, por su parte, también meditó sobre los fatales augurios que una y otra vez mostraban un futuro negro como una noche sin luna. Había insistido, repetido sus preces, ofrecido sacrificios a Lug, el poderoso, y a la diosa Deva, madre y protectora de su tribu. La respuesta había helado su sangre y embotado su espíritu. La diosa no respondía a sus oraciones y cuando lo hacía, el humo negro del ara de los sacrificios o las oscurecidas entrañas del salmón pescado en el río de su mismo nombre no dejaban dudas en cuanto al mañana que esperaba a su pueblo. Se había retirado al santuario oculto en medio de un profundo bosque, a poca distancia de Noega, lugar sagrado cuyo acceso estaba únicamente reservado a la casta de los Hombres Sabios, pero ni el ayuno ni la meditación habían logrado obtener una respuesta positiva. Había callado, no deseando atribular a su gente, no queriendo añadir mayor zozobra a la que ya atenazaba el espíritu de los cilúrnigos dispuestos a la lucha, pero era demasiado viejo para no saber que nada bueno traía el viento. Pensó que, tal vez, Deva

estaba disgustada porque su pueblo había dejado de ofrecer sacrificios humanos en el altar de los dioses, pero rechazó tal posibilidad. Eran muchas ya las lunas en las que la piedra sagrada no se había cubierto de sangre humana y nunca hasta ahora habían sido los augurios tan negativos.

Recordó los gritos del último sacrificado en el poblado, un prisionero albión, cuando él era muy joven, poco antes de haber sido aceptado entre los Hombres Sabios, y la repulsa que le produjo ver a un hombre degollado como un carnero aunque fuera un enemigo. A pesar de que los sacrificios humanos tenían lugar en ocasiones excepcionales, él estaba convencido de que igualmente podía leerse el futuro en las entrañas de un animal. Suspiró aliviado al conocer la decisión de la asamblea de los Sabios de acabar con aquellas prácticas cruentas que le evitarían a él llevar a cabo dichas ceremonias y, aunque se escucharon algunas voces discordantes, la victoria de los luggones sobre los péscicos poco después afirmó y demostró la creencia de que los dioses estaban satisfechos. Desde entonces se sustituyó el degüello por una ceremonia en la que el hombre consagrado era golpeado en el diafragma con una espada de guerra. Se predecía el futuro interpretando la forma como hubiera caído, como moviera las piernas o como le brotara la sangre.

Pero ¿y si Deva o Belesama o, muy especialmente, Coso, el dios de la guerra, o cualquiera de los otros dioses no estaban complacidos? Era de sobra conocido el hecho de que en el Mundo Mágico no todo era paz y alegría, también existían disputas que desembocaban en violentas confrontaciones llegando a la tierra de los mortales en forma de grandes tormentas. En dichas ocasiones, los ríos se desbordaban arrastrando todo a su paso, las rocas de las montañas caían como si fueran simples guijarros y muchos árboles eran arrancados de la tierra con todas sus raíces.

Recordó que pronto tendría lugar la fiesta del Beltane, el Gran Fuego, la llegada del buen tiempo, y una débil sonrisa iluminó su rostro arrugado. Se encenderían hogueras de varios tamaños y los cilúrnigos de todas las edades las atravesarían para así quedar libres de la enfermedad. Ordenaría que el poblado se vistiera de fiesta, los cantos y las danzas en honor a Lug —el dios de dioses del cual su tribu, la más numerosa, era orgullosa descendiente— durasen varios días, fuera sacrificado el macho cabrío más hermoso de todos los rebaños y todos los cilúrnigos, sin faltar uno, elevaran sus pre-

ces solicitando su protección y el de su diosa. Tal vez los augurios cambiasen, tal vez Deva escuchase complacida los ruegos de su pueblo, tal vez...

—Regresemos —dijo Luam.

Su voz rompió el silencio del atardecer envuelto en los reflejos dorados y rojos de las últimas luces solares.

—Ve tú —respondió Madeg—. Yo no subiré al poblado hasta la víspera del Gran Fuego. Ordena que todo esté dispuesto para la ceremonia.

—¿Qué harás mientras tanto?

—Buscar una respuesta.

Los dos hombres se separaron sin despedirse. El jefe se dirigió hacia el poblado, mientras el Hombre Sabio descendió por la vereda en dirección al santuario de la diosa Deva.

 Tal y como lo había decidido, Luam envió emisarios a todos los jefes de las tribus vecinas más importantes y esperó impaciente su respuesta. También envió mensajeros a las tribus del otro lado de las montañas y a los refugiados que por miles habían hallado cobijo en ellas. Los invitaba a reunirse en Noega para participar en las celebraciones por la llegada del buen tiempo. Bajo la protección de Lug, les indicaba en su mensaje, decidirían el camino a seguir y tomarían decisiones en las que estaba en juego su propia supervivencia.

Aunque impaciente a la espera de que su llamada fuera atendida, el jefe de los cilúrnigos, conocidos por su habilidad en la fabricación de calderos de bronce, no dejó que su gente notara su ansiedad y, sin perder de vista los preparativos para la guerra, ordenó que todos, hombres y mujeres, ancianos y niños, se dispusieran para celebrar la fiesta. La ocasión era muy importante y tal vez pasaran muchas lunas antes de que pudieran reunirse de nuevo para una siguiente celebración. Algunos guerreros se atrevieron a expresar en voz alta que, ante el aviso de un ataque por parte de los invasores, tal vez fuera más sabio continuar disponiendo el combate. La mirada furiosa de Luam secó sus gargantas y ya nadie más osó poner en duda la oportunidad del festejo.

El poblado bullía de animación y Luam se alegró de que su pueblo olvidara durante algún tiempo la amenaza que se cernía sobre

sus cabezas y sobre su futuro. También él olvidaba sus temores cada vez que su mirada se cruzaba con la de su compañera. Sus ojos se achicaban y tenía que hacer un gran esfuerzo para no sonreír y no perder su seriedad habitual. No había momento del día en el que no quisiera tenerla junto a él. Nada era comparable a sentir su cuerpo junto al suyo bajo la cálida piel de oso que los abrigaba en la intimidad de su cabaña o cuando, como dos niños traviesos, se alejaban del poblado e iban a ocultarse en el bosque para allí, sobre una cama de hojas de roble, haya y avellano, dar rienda suelta a su mutuo deseo.

Lenore y él se habían prometido tiempo atrás, poco después de que el Hombre Sabio hubiera sacrificado la mejor res del rebaño, despellejado al animal con sus propias manos, comido su carne y se hubiera envuelto en su piel durante varias jornadas a la espera de que los dioses le indicaran quién habría de ser el sucesor del jefe Boazel. Un atardecer, al fin, el Hombre Sabio emergió de la piel del animal y recorrió lentamente con su mirada a los jóvenes que, sentados en círculo a su alrededor, comiendo y durmiendo en sus puestos, esperaban pacientemente su decisión. Madeg era entonces un hombre de mediana edad, pero sus largas estancias en el santuario y su dieta a base de bellotas, raíces y agua le hacían parecer mucho más viejo. Verlo allí, de pie, con su cuerpo enjuto cubierto con la sangre reseca del animal sacrificado y su larga cabellera al viento, hacía pensar en un espíritu del Mundo Mágico de los que se decía recorrían la tierra de los vivos y más de uno sintió erizarse el vello de la piel. Los demás habitantes del poblado, hombres, mujeres y niños, se habían aproximado al círculo y esperaban anhelantes las palabras del Hombre Sabio. Finalmente, Madeg alzó su mano y le señaló a él con su dedo índice.

—Tú, Luam, hijo de Oven de los cilúrnigos, de la tribu de los lugones y de la familia de los cazadores de caballos, eres el elegido.

Aún recordaba después de tanto tiempo el miedo y la emoción que habían embargado todos sus sentidos. Sentía que las piernas no le obedecían y que la cabeza le daba vueltas. Trece veces se habían celebrado las fiestas del invierno desde el momento de su nacimiento y doce cuando fue declarado adulto después de pasar la prueba.

Siguiendo la costumbre de su pueblo no se había educado en la cabaña de sus padres, sino en la Casa de los Elegidos, los jóve-

nes a los que se preparaba para la caza y la guerra. Allí había aprendido a utilizar todo tipo de armas, cuchillos, espadas, lanzas, hondas y hachas; la mejor manera de construir trampas, cepos y atalayas; el arte de disimularse entre los árboles como si él mismo fuera uno de ellos y el de imitar la voz de las aves, ciervos, jabalíes e incluso osos; a atrapar, domar y montar a los caballos salvajes cuyas manadas pacían en las zonas altas. En fin, todo aquello que pudiera ser de alguna utilidad al pueblo al que debería proporcionar alimentos y defender el resto de su vida.

Un amanecer, delante de todo el poblado, el Hombre Sabio pintó un círculo en su frente después de haber untado sus dedos en la sangre de un toro recién sacrificado, le hizo entrega de un cuchillo y un venablo, un pellejo de agua y una torta de bellota, invocó a los dioses protectores y le indicó que montara a la grupa del caballo de Oven. Cabalgaron hasta la puesta del sol, cruzaron ríos, atravesaron bosques y subieron y bajaron montes y lomas. Su padre detuvo el caballo cuando sus cortas piernas apenas podían ya aferrarse a los lomos del animal.

—Regresa con bien.

Fue lo único que dijo el hombre que le había dado la vida antes de girar la montura y volver sobre sus pasos.

Su primera reacción fue echar a correr siguiendo las huellas marcadas en el barro de la estrecha vereda, pero sus piernas agarrrotadas por la larga cabalgada se negaron a responder y en lugar de avanzar, se doblaron y le hicieron caer redondo al suelo. Una risa tonta se apoderó de él recordando algo parecido ocurrido a su amigo Ael durante la última fiesta celebrada en el poblado: para ganar una apuesta se había bebido tres cuencos grandes de cerveza caliente y había ido dando tumbos hasta caer sobre el adorno floral central de la casa del jefe Boazel. No solamente no ganó la apuesta, sino que, cuando despertó del mareo, fue castigado a ayudar a las madres recién paridas durante una luna entera y se vio obligado a soportar las risas y bromas de todos los que le veían realizando labores propias de las mujeres.

—Un hombre borracho —le dijo el Hombre Sabio antes de señalarle el castigo—, y más si es un guerrero, es tan vulnerable como un niño recién nacido, está a merced del enemigo y su pueblo no puede contar con él para que lo defienda. Espero que esto te sirva de lección y no vuelvas a cometer el mismo error.

Dejó de pensar en su amigo para pensar en sí mismo y la mejor forma de regresar a casa. Visto su cansancio y que pronto la oscuridad sería total puesto que no había en el cielo ni un solo resquicio que permitiera el paso de la luz lunar, lo más acertado era quedarse donde estaba, descansar y esperar a que amaneciera. Trepó a un roble viejo de anchas ramas y se dispuso a pasar la noche de la mejor manera posible, amarrándose, por si acaso, a una rama con su propio cinto de lino trenzado.

El regreso al poblado fue tan penoso como se suponía debía ser la prueba que hacía un hombre de un muchacho. Varias veces se encontró perdido y creyó que jamás hallaría la senda de vuelta con los suyos; las abarcas de piel curada se abrieron y las ampollas no tardaron en aparecer en la planta de sus pies; el cuchillo no era a veces suficiente para despejar matos y espinos y tanto su cara como sus brazos mostraban señales de múltiples arañazos. El agua y el pan se acabaron en su segunda jornada de viaje y tuvo que amañárselas para conseguir alimento. Comió bellotas, avellanas y nueces, bebió el agua que resbalaba por las rocas y de algo le valió ser el mejor trampero del grupo de jóvenes aprendices de la Casa de los Elegidos. No tardó en preparar una trampa sirviéndose del cuchillo y de unas cuantas ramas unidas entre sí mediante juncos o mimbres y consiguió atrapar una liebre que asó y comió con avidez.

La única ocasión de verdadero peligro fue su encuentro con un par de jabalíes, macho y hembra. Los animales comenzaron a resoplar y a batir sus pezuñas contra el suelo, dispuestos a lanzarse contra él y a despedazarlo con sus colmillos. No se lo pensó dos veces, se subió al primer árbol que encontró a mano y esperó pacientemente.

—La paciencia es una virtud tan importante o más que el valor —solía decirles el Hombre Sabio—, porque de nada vale tener éste cuando las circunstancias son adversas.

Aquélla era una circunstancia adversa, y aunque los animales esperaron durante mucho tiempo dando vueltas alrededor del árbol e, incluso, embistiendo contra él, finalmente se cansaron y desaparecieron entre la hojarasca. Él también esperó mucho tiempo después de su marcha, reteniendo la respiración y aguzando el oído para escuchar el menor ruido y sólo bajó de su altura cuando estuvo seguro de que, en efecto, las dos bestias se habían marchado. Se embadurnó con sus excrementos a fin de evitar

que pudieran olerlo y siguió sus huellas a través de una senda de hojas pisoteadas. Durante casi media jornada observó a la pequeña manada compuesta por los dos adultos y media docena de crías guarecidas en una covacha. Aprovechó la ocasión en la que la hembra amamantaba a sus jabatos y el macho se había acercado al río para beber. Silencioso como una culebra y tan rápido como ella, se aproximó él también al río y, oculto tras unas matas, calibró la distancia que lo separaba del animal, alzó lentamente su venablo, cerró el ojo izquierdo y apuntó. El jabalí cayó desplomado sin emitir ni un leve gruñido. La lanza le había atravesado el cuello de parte a parte. Se acercó a su víctima tan calladamente como la había seguido y le cercenó el cuello con el cuchillo. Después, se introdujo en el río y procuró alejarse de allí lo más rápidamente posible.

Estaba tan cansado que apenas dedicó más de un pensamiento a la cabeza de jabalí que arrastraba por el suelo. Era creencia entre los suyos que el fiero animal confería energía, fuerza y temeridad en el combate al guerrero que lograba vencerlo. De haberse hallado más cerca, todo el poblado habría participado en un banquete en su honor y a él le hubiera correspondido el mejor bocado. Por el momento, se conformaba con poder seguir avanzando hasta encontrar una pista que lo condujera a Noega.

La visión del Piles, que conocía casi mejor que la palma de su propia mano por haberlo recorrido en infinidad de ocasiones, corriendo por sus orillas y navegando por sus aguas en la pequeña canoa de piel, le hizo olvidar las penalidades y miserias sufridas durante tantas jornadas. Ascendió por la colina en un último esfuerzo y entró en el poblado arrastrando los pies sin apenas fuerzas para sostener la cabeza del animal, asociado a los guerreros y manifestación del dios Lug, que dejó finalmente sobre la piedra de los sacrificios. Sin prestar atención a los saludos de bienvenida, se dirigió a la Casa de los Elegidos y se quedó inmediatamente dormido en un rincón, sobre el montón de paja seca cubierto por una manta de lana de diversos colores tejida por su madre para él cuando dejó el hogar en el que había nacido.

Al día siguiente, acompañado por los hombres del poblado con el jefe Boazel a la cabeza, fue conducido al río. Entró desnudo en el agua helada y el Hombre Sabio presentó el nuevo guerrero a la diosa Deva.

 El día en que Madeg lo señaló con su dedo descarnado recibió su primera torques de oro y le fue asignada su propia casa, justo al lado de la del jefe. Poco después fue elegido por su futura compañera.

Lenore pertenecía a la familia de los orfebres, casi tan respetados como los propios jefes porque de sus manos salían las figuras que representaban a los dioses, elaboraban collares, dijes para sujetar las túnicas, cinturones de ceremonia, anillos, brazaletes, copas y muchos otros objetos preciosos. Conocían los arcanos del trabajo con el preciado metal extraído de las minas de Muros y constituían una casta especial dentro de la comunidad, transmitiéndose el secreto de padres a hijos. Como si el contacto con el oro les hubiera impregnado su brillo, los cabellos de sus hijas eran tan dorados como aquél y no precisaban lavados con manzanilla, la flor del sol, para clarearlos, como ocurría con otras mujeres. Lenore era hija de Garlan, el mejor orfebre de los cilúrnigos. Sus trenzas, espesas y largas, no conseguían ocultar sus incipientes formas de mujer y no dejaba de asombrar la mirada de sus ojos, de un verde tan profundo como el verdín del lecho del río. Su destino no podía ser otro que la cabaña de un jefe y para dicho fin había sido educada desde su niñez.

Lenore lo eligió como compañero durante la fiesta de Lugnasa, el Matrimonio de Lug. Los cilúrnigos de Noega, al igual que las demás tribus astures, celebraban la gran fiesta que señalaba el mes más cálido y la recogida de las cosechas. Se conmemoraba la victoria del dios sobre su abuelo, Balor, a quien una profecía había anunciado su muerte a manos de su nieto. Balor encerró a su única hija en una torre de cristal, pero el hijo de Dian, el dios sanador, consiguió llegar hasta ella y de su unión nació Lug. Era una fiesta alegre y divertida. Las casas se engalanaban con ramas y hierbas olorosas, las mujeres dejaban sus cabellos sueltos y los adornaban con coronas de flores trenzadas, y todos, viejos y jóvenes, bailaban y cantaban dando gracias a los dioses por la ventura de estar vivos.

Era un día esperado durante todo el año y muy especialmente por las muchachas en edad de elegir compañero. Previamente, los hombres que buscaban esposa participaban en varias pruebas como el lanzamiento de jabalina, la lucha cuerpo a cuerpo o la tala de árboles; luego tenía lugar un gran banquete en el que los pretendientes debían dar pruebas de ingenio cantando, contando anécdotas diver-

tidas o narrando historias y, finalmente, al anochecer, le tocaba el turno al baile. No había astur que no se preciase de ser buen bailarín. Al son de flautas y panderos, los danzantes giraban y saltaban mostrando sus habilidades ante las hembras al igual que hacían todos los machos de la Naturaleza en la época del apareamiento.

El acto más solemne de la ceremonia tenía lugar al iniciarse la danza nupcial, también llamada primera danza. Los candidatos se alineaban en una fila y las casaderas, desde muchachas en plena pubertad hasta algunas mujeres bastante más mayores que habían perdido a sus compañeros, iban eligiendo pareja empezando por las más jóvenes. Las risas avergonzadas de las mujeres, las muecas cómplices de los pretendientes y los gritos de aliento de los familiares se mezclaban con los sonidos de los instrumentos interpretando la misma melodía hasta que las parejas iniciaban una danza sin sobresaltos, más bien un paseo, en torno a la plaza. La ceremonia se repetía todos los años, aunque, en el caso de las muchachas núbiles, ya había habido conversaciones previas entre las familias y cada cual sabía a quién debía elegir. La tribu se aseguraba de este modo que ninguno de sus miembros adultos viviera en soledad, aunque hubiera años en los cuales el número de solicitantes era desigual, quedándose algunos sin pareja hasta la siguiente oportunidad. También había quien prefería seguir solo o sola, algo únicamente permitido a partir de una cierta edad, puesto que engendrar hijos para aportar sangre nueva y garantizar el relevo de las generaciones era un deber al que ningún astur podía negarse.

Aún ahora, Luam se maravillaba de que Lenore lo hubiera elegido a él, de que fuera suya. Hubieron de esperar dos inviernos antes de que su unión fuera efectiva; antes de que sus manos se unieran bajo el paño sagrado y fueran acompañados a su casa por un grupo bullicioso de familiares y amigos agitando hojas de helecho; antes de que el Hombre Sabio les hiciera beber el contenido de una copa de oro con dibujos circulares elaborada para la ocasión, un bebedizo para que su unión fuera venturosa y los dioses les concedieran hijos sanos y fuertes que velaran por ellos en su vejez; antes de que, por fin, pudieran yacer juntos.

El recuerdo de aquel encuentro avivó el deseo dentro de él y, en la primera oportunidad en la que sus ojos volvieron a encontrarse, le hizo una seña apenas imperceptible y se dirigió al bosque que cubría casi por entero la colina del otro lado de la mura-

lla. Poco después apareció Lenore con su túnica adornada con flores bordadas, sus cabellos sueltos desparramados sobre su espalda, su piel blanca y aquellos ojos que no dejaban de cautivarlo un solo día. Aspiró su aroma, acarició sus cabellos y pechos, sus manos se detuvieron en el vientre redondeado que escondía una nueva vida y acercó sus labios a los de ella. Juntos se adentraron en el mundo dichoso y pleno, reservado a los amantes, y Luam olvidó la fiesta, la reunión con los jefes de las tribus y la amenaza de la guerra.

 Año tras año, todas las tribus astures celebraban la llegada de la primavera con una gran fiesta, ofrecían sacrificios, daban hasta el ocaso y comían y bebían en abundancia para agradecer a los dioses el nacimiento de sus nuevos hijos, así como el de las crías de sus animales, las buenas cosechas y la abundante caza. Les pedían asimismo su protección y la fuerza necesaria para enfrentarse a los enemigos de su pueblo. Se adornaban las casas con motivos florales; se retiraba la paja sucia de los suelos y en su lugar se extendía una alfombra de hojas secas de helecho que además de ser considerada una planta sagrada por crecer en las humedades de los ríos, también ahuyentaba a las pulgas; se limpiaban y enceraban las aras de los sacrificios del centro de los poblados con tanta energía que, al final, la piedra brillaba tanto como la torques de oro de los jefes; varios calderos hervían sin cesar mientras las mujeres removían su contenido hasta obtener el maravilloso líquido dorado llamado cerveza consumido en los días de las fiestas en lugar del agua; los tocadores de pitos, flautas y panderos revisaban sus instrumentos, repintando con azul, verde y rojo los viejos dibujos ya desgastados por el uso y todos, jóvenes y viejos, ocupaban parte de su tiempo en trenzar guirnaldas de flores y hierbas para adornar casas, carros y enseres.

Días antes de la fecha señalada para la reunión, los jefes de las tribus comenzaron a llegar a Noega. A caballo, en carros o a pie, gentes procedentes de todos los confines de la tierra astur ascendían lentamente por la pendiente. A veces, los ecos transmitían el rumor sordo de muchas palabras, y otras, la voz dispersa y repetida de cantos aprendidos a lo largo de generaciones. A medida que iban llegando, fueron desperdigándose por la campa y sus alre-

dedores, instalaron las tiendas en círculo y organizaron la disposición de los carros con los alimentos y los cercados levantados para las cabras y carneros llevados para las ofrendas.

Luam miraba al cielo tratando de leer en él como lo hacía Madeg, a quien no había vuelto a ver desde su último encuentro y al que esperaba encontrar allí con los Hombres Sabios de las demás tribus. Contempló el suave vuelo de un águila planeando sobre su cabeza y su corazón se alegró porque el ave más poderosa de todas, la representación del Sol, abría las alas protectoras sobre su pueblo. Después, entró en su cabaña y se dispuso a vestirse para la ceremonia.

Con la mente puesta en la diosa de la Muerte, cuya alargada sombra iba extendiéndose al otro lado de las montañas altas, los hijos de Asturia se aprestaron a celebrar la fiesta en honor al dios por todos venerado.

Una estatua de hierro recubierta con láminas de oro presidía la asamblea. Representaba a Lug con bigotes y una barba poblada, con una enorme torques alrededor del cuello y sosteniendo en su mano derecha otra más pequeña, signo de su divinidad, y en la izquierda un rayo de gran tamaño, signo de su poder sobre la Naturaleza. Sobre una tarima de madera y a su alrededor se habían depositado todo tipo de ofrendas: desde sencillos recipientes de madera repletos de nueces y avellanas, coronas de flores entretejidas o pulseras de cobre, hasta un ciervo recién sacrificado y numerosos objetos de valor como copas y amuletos de oro, adornos, diademas y escudos de ceremonias.

Durante toda la noche anterior, los astures danzaron alrededor de la estatua y delante de sus tiendas, entonaron cantos y elevaron sus preces al dios de dioses como nunca antes lo habían hecho; encendieron grandes hogueras y olvidaron al enemigo acampado en las tierras del otro lado de las montañas altas.

Los Hombres Sabios, los Guardianes de la Sabiduría, narraron una y otra vez las historias divinas y de los héroes hasta perder la voz. Su misión era mantener vivas las leyes sagradas, interpretar los augurios y profetizar el futuro, pero también ser transmisores de la tradición, la poesía, los cantos y la historia de su pueblo. Desde el momento en que eran admitidos en la casta, niños aún, comenzaban a aprender una a una las palabras de los textos sagrados y las repetían a lo largo de su vida sin cambiar un solo nombre. Pasaban veinte inviernos antes de ser admitidos en la casta superior de los

Hombres Sabios. Eran la memoria, los maestros de múltiples generaciones a las que habían transmitido el saber de su pueblo.

La fiesta alcanzó su punto álgido en el momento en el que el sol emergía por el este. Los primeros rayos iluminaron un cielo completamente raso, limpio de nubes, como si el dios hubiera querido mostrarse en todo su esplendor, lo que fue interpretado como el mejor de los presagios. El Hombre Sabio de los cilúrnigos se aproximó entonces al altar de madera en medio de un gran silencio y, utilizando la lanza sagrada de plata heredada de su predecesor, atravesó el corazón del hermoso chivo blanco atado a una argolla fijada a una piedra. Las miradas del hombre y del chivo se encontraron durante unos instantes antes de que el animal cerrara los ojos y se desplomara y su sangre comenzara a empapar el suelo terroso. Las gentes mantuvieron la respiración. Madeg contempló la manera como había caído el animal y también el dibujo formado por la sangre sacrificada extendiéndose por la tierra.

—Lug está complacido —se limitó a decir en un tono de voz más alto de lo habitual.

Un grito de entusiasmo, seguido de muchos otros, estalló en el aire. La gente se abrazó y los padres levantaron en alto a sus hijos para que pudieran contemplar el oráculo divino. No había nada que temer. Ni mil, ni diez veces mil hombres podrían nunca derrotar a un pueblo que había sobrevivido a incontables guerras contra temibles enemigos y gozaba de la protección del más poderoso de los dioses.

 Mientras hombres, mujeres y niños daban rienda suelta a su alegría, continuaban las danzas, se disponían grandes espetones sobre carbones encendidos para asar debidamente un gran número de carneros y comenzaban a beberse la cerveza, Luam se reunió con los demás jefes. Al haber convocado él la reunión, le correspondía el honor de presidirla.

Llevaba puesto su traje de ceremonia, una túnica corta de cuadros sobre una camisa blanca de lino, calzas negras también de lino, medias de lana y abarcas de cuero. Una capa de lana negra sujeta a su hombro izquierdo por un dije de oro en forma de caballo completaba su atuendo. Portaba sobre la cabeza un casco dorado repleto de dibujos curvilíneos entrelazados entre los que destacaba

un gran trisquel en la parte delantera. También llevaba un cinto ancho de piel recubierto de láminas de oro del que colgaban una espada corta y un cuchillo, ambos con empuñaduras también doradas y adornados con símbolos entrelazados, regalo de su suegro, lo cual demostraba que no eran armas de guerra, aunque las hojas de los dos objetos estaban tan afiladas que podían cortar una brizna de hierba sin esfuerzo alguno.

Los demás jefes —Ocbas, de los cibarcos, Garan, de los lancios, Sen, de los pélicos, Corocotta, de los orgenomescos, Elar, de los amacos, entre otros— no iban menos engalanados que su anfitrión.

—Las últimas noticias llegadas de las tierras de los orniacos anuncian que están en poder de los romanos —comenzó diciendo Garan—. Las poblaciones han sido arrasadas, los hombres ejecutados y las mujeres violadas. A las niñas las han matado y a los niños los han llevado a un recinto para ser educados según sus costumbres.

Un pesado silencio cayó sobre los reunidos. Los orniacos eran conocidos por sus habilidades comerciales y artesanas, tanto como por su capacidad guerrera. Disponían de buenas armas, las mejores tal vez de toda la región, y eran considerados unos jinetes diestros. Sus hombres y mujeres habían dado prueba en numerosas ocasiones de su valor en la batalla. Sus tierras, bañadas por dos hijos del Astura, el Ornía y el Eria, eran fértiles, su producción agrícola abundante y sus minas de oro sobradamente conocidas.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Luam.

—¿Los romanos? —preguntó Garan a su vez.

—Sí, claro.

—Han dividido su ejército y han levantado sus campamentos en tres emplazamientos distintos, no muy lejos unos de otros en tierras de los brigeccios, a una jornada de Lancia.

—¿Es cierto lo que dicen los cuernos?, ¿que son miles? —preguntó Luam de nuevo.

—Diez veces mil o más —respondió Corocotta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto con mis propios ojos.

Los demás jefes se le quedaron mirando con desconfianza.

—¿Has bajado tan abajo sólo para verlo? —inquirió Luam.

—Sí —afirmó Corocotta—. Así es.

—¿Por qué?

—Porque en lugar de quedarme quieto como una lechuza a la espera de su presa, yo he ido a comprobar su tamaño. Por si la presa fuera mucho más grande que la rapaz, como en realidad es, os lo puedo asegurar.

—¿Has hablado con ellos? —insistió Luam con acritud.

—¡Claro que no! ¿Acaso piensas que soy estúpido?

—¿Cómo son? —preguntó conciliador Sen con más curiosidad que temor.

—Nunca antes había visto algo parecido. —La voz de Corocotta denotaba admiración—. No es sólo su número, es también la forma como visten y sus armas.

Pasó entonces el orgenomesco a relatar a sus compañeros lo que él mismo había podido constatar. Disfrazado de campesino brigecio había podido pasearse sin problemas cerca de los enclaves militares. Bedunienses y brigecios no parecían haber sido atacados con tanta furia como los orniacos, tal vez porque apenas se habían resistido al empuje de los romanos. El poblado principal de estos últimos, Brigecia, estaba ocupado por un destacamento importante de soldados invasores, parapetados tras una empalizada de madera a la que no permitían la entrada de los nativos. Sin embargo, se paseaban entre la población, adquirían frutas y verduras a los campesinos e intentaban mostrarse conciliadores con los pobladores conquistados.

—Disponen de grandes máquinas para lanzar enormes piedras capaces de derruir muros y casas —prosiguió Corocotta—, otras veces lanzan bolas ardientes de paja seca y estiércol y con ellas incendian los poblados. Según me contó un refugiado orniaco, primero lanzan una lluvia de flechas que parece que nunca va a acabar y luego presentan batalla todos juntos, sin desperdigarse y defendiéndose con enormes escudos para proteger su ataque. Lanzas y flechas van a estrellarse contra esos escudos y rebotan como las utilizadas por los niños en sus juegos. Todos, guerreros y jefes, llevan el cuerpo cubierto de cuero y metal, lo mismo que los brazos y las piernas. Portan cascos en la cabeza y sus espadas son algo más grandes que las nuestras. Avanzan como una manada de jabalíes y no dejan piedra sobre piedra allá por donde pasan, talan bosques enteros y no hay espesura o monte que se les resista.

De nuevo reinó el silencio. Cada cual trataba de hacerse una idea del cuadro descrito por el orgenomesco, incapaces de imaginarse un ejército compacto atacando a la vez, en lugar de utilizar la táctica que

ellos, duchos en mil batallas desde el comienzo de los tiempos, siempre habían utilizado: la sorpresa, apareciendo y desapareciendo con igual rapidez, atacando en el lugar y el momento menos esperados, acechando en los bosques o confundiendo con las peñas.

—Tu información no es muy alentadora —dijo por fin Ocbas, de los cibarcos, con algo de rencor.

—Es lo que hay —respondió el otro con indiferencia.

—Es decir —intervino Garan—, que no nos queda más que esperar a que se presenten ante nosotros y plantarles cara o rendirnos como han hecho los brigeios. Tal y como están las cosas, los siguientes seremos los lancios. Pues desde ahora os digo que no pienso rendirme; si se trata de lucha, lucharemos, y si hay que morir, moriremos.

Todos los jefes se enzarzaron en una discusión sobre la mejor forma de enfocar el asunto, sin que faltaran consejos y ánimos dirigidos a Garan, quien los escuchaba con el entrecejo fruncido y la determinación plasmada en su rostro.

—Tal vez haya otra solución...

Luam insistió varias veces antes de que los reunidos callaran y le prestaran atención.

—Tal vez haya otra solución —repitió, causando gran expectación entre sus oyentes—. ¿He oído mal, Garan, o has dicho que los invasores han dividido su ejército en tres grupos y acampan a orillas del Astura?

Garan afirmó con la cabeza.

—Cada uno de nosotros siempre ha luchado por su cuenta —prosiguió el jefe cilúrnigo—. Unas veces hemos sido aliados y otras enemigos, pero nunca hemos combatido todos juntos, codo a codo. Tal vez sea hora de olvidar viejas rencillas y enemistades, de que por una vez pensemos que si los lancios caen, después caerán los amacos y, si es cierto lo que Corocotta afirma, los romanos no tardarán en cruzar las montañas altas y atacar a las tribus del mar. ¿Qué será entonces de los hijos de Asturia? No quedará ni uno solo para honrar a los antepasados, los dioses serán olvidados y desaparecerá nuestro modo de vida. Nuestros hijos, si sobreviven, serán extraños en su propia tierra. Propongo que también nosotros formemos tres ejércitos, bajemos al llano ocultos en las sombras de la noche y ataquemos a la vez los campamentos de los invasores.

Luam abandonó el lugar un rato después, dejando a los jefes discutiendo sobre los pros y los contras de su idea. El casco le oprimía

las sienes y le dolía la cabeza. A pesar de ser un signo de su dignidad, prefería con mucho cubrirse con la piel curtida del lobo cazado poco después de haber sido nombrado jefe, a la muerte de Boazel. Además de ser mucho más cómoda, estaba seguro de que la visión de las enormes fauces abiertas del animal encima de su cabeza infundía más respeto que cualquier arma afilada. Por un momento se imaginó cruzando las Puertas hacia el otro mundo, abiertas durante el Samain, la celebración del Final del Verano. En dicha ocasión, los mortales tenían la posibilidad de traspasar el umbral entre el mundo humano y el divino. Algunos habían regresado y otros no. Pensó que le gustaría dar el paso de la mano de Lenore. Ambos atravesarían las Puertas y allí nacería su hijo. Las voces de los otros jefes le hicieron volver a la realidad y regresó a la reunión.

 También Madeg abandonó la compañía de sus iguales, pero no volvió con ellos. Descendió por la vereda en dirección a la playa, deleitándose con el esplendoroso atardecer que contemplaban sus ojos, absorbiendo con todos sus sentidos la belleza indescriptible de montes y valles, pasmándose ante la perfección de cardos y milenramas y llenando sus pulmones con la brisa marina. Una vez abajo, se sentó sobre una roca y durante largo rato escuchó el sonido cadencioso de las olas al morir en la orilla. Sus pies ardían de calor y los introdujo en el agua, deseando que el frescor aliviara igualmente el ardor de sus sienes y apaciguara el profundo dolor que oprimía su pecho.

—¡Oh, divina Deva! —suspiró sin apenas despegar los labios.

Lágrimas tan ardientes como el fuego comenzaron a resbalar por el rostro arrugado del Hombre Sabio sin que él hiciera el menor intento de retenerlas. Había mentido. Por primera vez en su vida, había mentido a su pueblo. Había proclamado con voz firme que Lug estaba complacido y no era eso lo leído en la postura del chivo blanco al caer en tierra y, mucho menos, en su sangre. Regresó más tarde al lugar del sacrificio, esperando, anhelando haberse equivocado, pero las señales eran bien claras.

Las patas traseras del animal estaban curvadas hacia dentro y la sangre, que había adquirido un color negruzco, había dibujado sobre la tierra la forma de un ala de cuervo, el mensajero de la muerte. Por si estas señales no fueran suficientemente claras, el animal se había cortado su propia lengua durante el estertor. Así pues,

no había esperanza para los hijos de Asturia. Todas las tribus del mar serían destruidas. El mundo que conocían estaba condenado a desaparecer y él no había tenido el valor necesario para hacérselo saber. Tal vez había llegado el momento de traspasar el umbral.

—¡Oh, divina Deva! —suspiró de nuevo.

El Hombre Sabio se adentró en el mar y cerró los ojos.

Su cuerpo sin vida fue encontrado sobre la arena al día siguiente por unas mujeres que habían ido en busca de moluscos para enriquecer el banquete de la fiesta.

 La idea de atacar a los invasores en sus propios campamentos amparándose en la sorpresa fue tomando cuerpo a medida que transcurrían los días. Cada vez eran más las voces reclamando una acción drástica, sobre todo las de los supervivientes de las tribus atacadas. No sólo querían vengar a sus muertos y la humillación de la derrota, sino que cuanto más tiempo pasara, mayor sería la fuerza del enemigo. Si las tribus permanecían aisladas unas de otras, ni el propio Coso en persona podría lograr la victoria. Estas palabras provocaron una airada reacción de los Hombres Sabios, que las consideraron un verdadero sacrilegio y se apresuraron a sacrificar un ciervo de larga cornamenta para desagraviar al temible dios de la guerra. Los jefes de las tribus, sin embargo, estaban demasiado inmersos en sus discusiones como para preocuparse de la opinión de los Hombres Sabios.

Finalmente llegaron a un acuerdo. Todos los hombres en edad de luchar se reunirían durante la siguiente luna en el lugar llamado las Fuentes de Invierno, bajarían de las montañas y atacarían a los romanos. Se repartirían en tres grupos y los tres ataques tendrían lugar en el mismo momento, a la salida del sol, de forma que los invasores no tuvieran tiempo de reaccionar ni de prestarse ayuda unos a otros. La lucha sería a muerte y muerte sería el fin de aquellos orgullosos extranjeros que habían creído poder dominar a los astures.

—Y a los cántabros —señaló Corocotta algo puntilloso.

Cada grupo estaría compuesto por un número igual o aproximado de hombres dirigidos por los jefes. También se acordó enviar mensajeros a las tribus ya dominadas. Hubo algunas voces discordantes en cuanto a la lealtad de los sometidos, como los brigecios, quienes ni siquiera habían hecho intento de defenderse, pero

otras acallaron los reparos aduciendo que no había sobre la tierra nadie que prefiriera ser esclavo.

—El hombre nace libre —exclamó Corocotta, de los orgenomescos, furioso de que alguien pudiera incluso plantear la duda— y libre ha de morir. ¡Un esclavo vale menos que un escupitajo!

Así pues, se enviaron mensajeros a los brigeccios, bedunienses, orniacos, gigurros y luggones del sur avisándoles para que todos aquellos, hombres y mujeres, capaces de empuñar cualquier tipo de arma, aunque fuera un palo o una hoz, estuvieran dispuestos para el amanecer de la siguiente luna. La consigna era bien clara: no debía quedar con vida ni uno solo de los invasores romanos.

Los trajes y ornamentos para la festividad volvieron a los carros, se repitieron las ofrendas a los dioses y se lanzaron los cuchillos ceremoniales, así como gran cantidad de adornos y objetos preciosos, al mar y a las fuentes de los ríos para asegurarse la protección divina. Los jefes y sus gentes regresaron a sus lugares de origen para preparar la gran ofensiva y reclutar el mayor número posible de guerreros. La euforia era general. La unión de las tribus por primera vez en su historia marcaría un hito que sería recordado por las generaciones futuras y entraría a formar parte de la leyenda.

Miles de guerreros se hallaban un mes más tarde en las Fuentes de Invierno. Las jornadas entre las dos reuniones transcurrieron en una pesada y tensa espera, acrecentada a medida que se acercaba la fecha fijada. Luam aprovechaba la menor oportunidad para encontrarse con Lenore, quien lo había acompañado hasta el lugar de la reunión, al igual que muchas otras mujeres de guerreros, algunas de las cuales estaban incluso dispuestas a luchar a la par de sus hombres. Buscaban los lugares más recónditos para amarse de nuevo, sintiendo cada uno de ellos, sin decírselo al otro, que aquella podría ser la última vez.

—Si nuestro hijo nace y yo aún no he regresado, bendícele en mi nombre— le pidió a su compañera la tarde del tercer día.

—Nacerá, pero tú estarás a mi lado —le reprochó Lenore con la voz firme—. Te acostarás a su lado para recibir las felicitaciones y los regalos de nuestros parientes y vecinos. Aún queda mucho hasta la llegada de la próxima primavera. Nacerá en nuestra casa y nuestros cuerpos le darán calor.

Luam permaneció silencioso. No dejaba de pensar en Madeg. La muerte del Hombre Sabio lo había golpeado con fuerza. Que él recor-

dara, siempre había estado a su lado y su ausencia había dejado un vacío tal en su espíritu que ni sus encuentros con Lenore podían llenar. Había sentido su muerte mucho más que la de su propio padre Oven, ocurrida algún tiempo atrás. Pero ¿no había sido para él más que su verdadero padre?, ¿no era a él a quien recurría cuando necesitaba consejo, cuando las dudas le hacían vacilar?, ¿por qué se había marchado sin despedirse? Ciertamente que ya no era un hombre joven y que la diosa de la Muerte acechaba y tomaba a sus presas cuando uno menos lo esperaba, pero no dejaba de preocuparle que Madeg hubiera desaparecido poco después de la ceremonia del sacrificio. ¿Por qué lo habían hallado en la playa? Todo el mundo pensó que el anciano había ido allí a meditar, había resbalado, se había golpeado con una piedra y había muerto a consecuencia del golpe. Sin embargo, él había examinado el cadáver con atención antes de ser colocado sobre un lecho de hojas y dejado a la intemperie a fin de que su espíritu volase en paz a la morada de los dioses. No había ninguna señal de golpe o herida. Es más, su rostro no mostraba el menor signo de sorpresa o susto e, incluso, parecía sonreír desde el Más Allá. El Hombre Sabio se había ido justo cuando su presencia era más necesaria. Recordó su conversación la última vez que se habían encontrado. Le habló de malos augurios, de presagios funestos, de catástrofes..., ¿acaso había visto algo en el animal sacrificado, algo terrible que se negó a desvelar?

—Luam...

La voz de Lenore interrumpió sus pensamientos.

—Luam, el sol comienza a ocultarse.

Regresaron presurosos al campamento. Las tribus habían iniciado el descenso y sus hombres esperaban impacientes la llegada de su jefe para bajar ellos también.

No hubo despedidas ni llantos. No era la primera vez que los hijos de Noega partían para la guerra y tampoco era aquél el momento para mostrar flaquezas. Cuando el último guerrero cilúrnigo hubo desaparecido entre el follaje y las rocas, sus mujeres iniciaron a su vez el descenso por la otra vertiente, de regreso al poblado. Allí esperarían a los suyos para festejar su retorno o llorar su desaparición.